

EL BASILISCO

Revista de materialismo filosófico

Nº 46 (2016), páginas 57-63

José Manuel Rodríguez Pardo

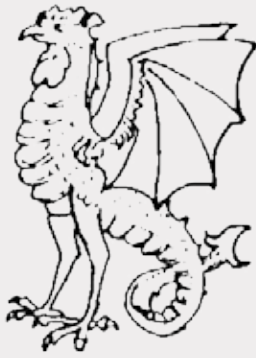
Fundación Gustavo Bueno – ORCID 0000-0003-3994-2348

Otra Historia de los Estados Unidos es posible

[Reseña a *La Historia silenciada de Estados Unidos*, de Oliver Stone y Peter Kuznick, La Esfera de los Libros, Madrid 2015, 1053 págs.]



Fundación Gustavo Bueno * Avenida de Galicia 31 * 33005 Oviedo (España)



EL BASILISCO

Fundador
Gustavo Bueno

Director
Gustavo Bueno Sánchez
(Universidad de Oviedo)

Secretaría de Redacción
Raúl Angulo Díaz
(Fundación Gustavo Bueno)

Consejo de Redacción
Ismael Carvallo
(Facultad de Filosofía de León, México)

Jesús G. Maestro
(Universidad de Vigo)

José Arturo Herrera Melo
(Universidad Veracruzana, México)

Patricio Peñalver
(Universidad de Murcia)

Elena Ronzón
(Universidad de Oviedo)

Pedro Santana
(Universidad de La Rioja)

Todos los artículos publicados en esta revista han sido informados por miembros del Consejo de Redacción

Revista evaluada por pares

EL BASILISCO se publica con periodicidad semestral.

Fundación Gustavo Bueno
Avenida de Galicia, 31
33005 Oviedo (España)

<http://www.fgbueno.es/basilisco>
basilisco@fgbueno.es

© Fundación Gustavo Bueno
ISSN: 0210-0088

Diseño: Piérides C&S
Composición: PERMESO S.L.
Imprime: Hifer Artes Gráficas
Depósito Legal: O-343-78

EL BASILISCO

Revista de materialismo filosófico

Número 46
enero-junio 2016

INDICE

Artículos

- Carlos M. Madrid Casado** *Ciencia, Democracia y Corrupción (en ese orden) / 5*
Emmanuel Martínez Alcocer *¿Qué es la ciencia española? Ensayo de una respuesta desde el materialismo filosófico / 21*
Íñigo Ongay de Felipe *La filosofía de Ernst Mach desde el materialismo filosófico / 39*

Reseñas

- José M. Rodríguez Pardo** *La gran conspiración del Estado Islámico / 51*
José M. Rodríguez Pardo *Otra Historia de los Estados Unidos es posible / 57*
Carlos M. Madrid Casado *Hombres islamizados, occidentales indignados / 65*
Emmanuel M. Alcocer *El neonietzscheanismo español. ¿Un estudio sociológico? / 67*

NORMAS PARA LA PRESENTACIÓN DE ORIGINALES

El Basilisco, revista de materialismo filosófico, considera para su publicación todos aquellos trabajos, relacionados con su temática y secciones, que le sean remitidos con este fin: artículos, notas, crítica de libros, noticias, &c.

1. Los trabajos se enviarán en versión electrónica de texto, junto con una carta del autor en la que ofrezca su original para ser publicado en EL BASILISCO, y confirme que el trabajo es inédito y no se encuentra sometido simultáneamente a examen por otra revista o publicación, así como cuantas circunstancias puedan parecer pertinentes a los efectos de su evaluación (incluyendo una breve referencia personal del autor, que incluya el año de nacimiento y sus datos biográficos y profesionales más relevantes). Todos los envíos deben hacerse, por correo electrónico o postal a la dirección abajo indicada. Se acusa recibo de oficio de todos los originales que son enviados a la revista.

2. Los trabajos deben estar escritos en español y ser inéditos. No se aceptan trabajos publicados anteriormente, que hayan sido enviados al mismo tiempo a otra revista o se encuentren en curso de publicación. Cada original debe incluir el título del trabajo (que será conciso e informará al lector del contenido esencial del texto); el nombre del autor, en su caso la institución a la que pertenece o en la que desarrolla actividades docentes o investigadoras, un resumen informativo del texto en español y en inglés (que no exceda las 150 palabras cada uno), un conjunto de palabras clave o keywords en español y en inglés (entre cuatro y siete), el texto principal, las notas y la bibliografía (si procede). Si el original contiene tablas, cuadros o ilustraciones, se presentarán por separado (indicando en el texto el lugar donde deben insertarse). Las notas llevarán numeración correlativa y se presentarán juntas al final del texto. Dado que los originales son evaluados anónimamente, se aconseja que los autores no se identifiquen en el propio texto.

3. Rogamos a los autores atiendan estas sugerencias tipográficas: fgbueno.es/edi/basnor2.htm

4. Los originales se someten a un sistema anónimo de evaluación por pares de especialistas externos (*peer to peer review*). Posteriormente se decide si procede o no su publicación, notificándose a los autores en el menor plazo posible. La aceptación final estará condicionada a la revisión e incorporación de las correcciones contenidas en los informes de evaluación.

Correspondencia

EL BASILISCO, Apartado 360
33080 Oviedo (España)

Teléfono: [34] 985 245 857

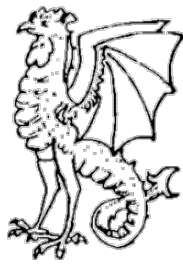
Fax: [34] 985 245 649

Correo electrónico: basilisco@fgbueno.es

Suscripciones

Particulares: 50 €/año
Instituciones: 60 €/año





Reseñas

Otra Historia de los Estados Unidos es posible

[Reseña a *La Historia silenciada de Estados Unidos*, de Oliver Stone y Peter Kuznick, La Esfera de los Libros, Madrid 2015, 1053 págs.]

José Manuel Rodríguez Pardo

Fundación Gustavo Bueno

ORCID 0000-0003-3994-2348

Si al potencial lector de esta reseña alguien le citase la crítica a la política exterior de Estados Unidos desde George Bush II hasta nuestros días, seguramente tendría en mente numerosos títulos que mencionar en este sentido. Y en efecto, muchas son las obras que han denunciado esa, para muchos, nefasta política que ha puesto al mundo entero al borde de una nueva guerra mundial, recomendando como alternativa un mundo globalizado en paz y armonía, desde el famoso lema «Otra globalización es posible». Sin embargo, el libro que aquí reseñamos, obra del cineasta Oliver Stone y el historiador Peter Kuznick, pretende probar que esa política de poder no es algo exclusivo de las últimas décadas, sino que se encuentra presente en la genealogía de Estados Unidos desde que se convirtió en un imperio de carácter universal y comenzó a reorganizar al resto del mundo según sus cánones. La obra que aquí reseñamos, *La Historia silenciada de Estados Unidos*, que rompe con la dinámica de otros títulos más de actualidad, ha sido en este sentido todo un éxito de ventas, no solo en el propio Estados Unidos, sino especialmente fuera de él.

Sin embargo, las mayores controversias las ha provocado en su país, al presentarse en decenas de foros de la más diversa índole y en numerosas universidades, con una consecuyente afluencia masiva de público. En varios distritos escolares norteamericanos se anuncia que será utilizado como libro de texto, y sobre todo ha servido de base para una serie de diez documentales emitidos por la cadena de televisión por cable *Showtime*.

Además, frente a otros libros que, en su crítica a la política de poder norteamericana, intentan posicionarse con alguno de los posibles partidos en disputa, ya sea el Partido Demócrata o el Republicano, este libro es «transversal», pues ataca a todos por igual, aunque se guarde en el tintero a sus propios «héroes». Porque esta «Historia silenciada de los Estados Unidos» no es propiamente un libro de historiografía sino más bien de una peculiar Filosofía de la Historia: es, literalmente, una enumeración de «oportunidades perdidas», la posibilidad de que otra Historia de Estados Unidos sea posible, al igual que otra globalización es posible.

De hecho, ya desde el Prólogo el libro promete mucho en ese sentido: «Este libro y la serie documental en que se basa cuestionan la historia oficial de Estados Unidos, la que nos enseñan en los colegios a la mayoría de norteamericanos». Su contribución a la crítica pretende así mostrar esas otras posibilidades de una historia norteamericana diferente, o que al menos sea interpretada de forma diversa: «Porque, como cualquier persona de cualquier rincón del planeta, todo norteamericano es esclavo de su concepción del pasado y rara vez se da cuenta de hasta qué punto su forma de entender la historia determina su comportamiento en el presente. La comprensión de la historia define la idea de lo concebible, de lo realizable. Ese es el motivo de que muchos estadounidenses hayan dejado de imaginar un mundo radicalmente distinto y mejor del que conocemos» (pág. 11).

Pareciera que Stone y Kuznick coqueteasen con la famosa idea de Aristóteles que afirma que la Poesía es más filosófica que la Historia¹, porque la poesía nos dice lo que pudo haber pasado, no como la Historia que simplemente puede contarnos lo que sucedió. Tal sería el caso del cineasta Oliver Stone, que con su arte poética, en sus películas, ofrece diversas interpretaciones alternativas en películas suyas como *Alejandro* (2004), caracterizando al legendario conquistador helénico, cuya faz pareciera un remedo de la de George Bush II, con unas ansias de poder sobre el mundo entero (especialmente el tan delicado entonces y ahora Oriente Medio), que parecieran explicarse por las pulsiones latentes en su interior propias del Complejo de Edipo. En este caso, el «escriba» que copiaría los recuerdos alejandrinos de Ptolomeo no sería otro que Peter Kuznick. Tal es la situación, que pronto el libro se decanta por mostrar una historia alternativa sin más: «otra Historia de Estados Unidos es posible», dirían plagiando a los antiglobalizadores. Una obra que se publica «en un momento en que, poco a poco, el imperio americano empieza a bajar el telón» que se inició cuando el magnate Henry Luce, en 1941, afirmó que el siglo XX sería «el siglo americano», en contraposición al «siglo del hombre corriente» que auguró el futurible Vicepresidente de Harry Truman, Henry Wallace, quien «deseaba un mundo de abundancia basado en la ciencia y la tecnología, un mundo sin colonialismo ni explotación, un planeta pacífico donde reinase una prosperidad compartida» (pág. 13).

Wallace, verdadero precedente de lo que es el progresismo norteamericano (y en el fondo del progresismo europeo y más concretamente español, la ingenuidad de un mundo sin guerras y dominado por el bienestar que nos proporciona la tecnología), en realidad oculta una suerte de ideario de la «paz evangélica» de la Ciudad de Dios de San Agustín pasada por el dogma episcopaliano que propugnaba Wallace, nada menos. No obstante, Wallace no fue escuchado: «la posguerra fue más fiel al presagio de Luce que al de Wallace. En 1997 una nueva generación de defensores de la supremacía global —entre quienes se encontraba el “grupo de expertos” neoconservador que asesoró al lamentable George W. Bush— clamaba por un “nuevo siglo americano”, una idea que fue ganando adeptos en los primeros años del siglo XXI, es decir, antes de que llegaran a saberse las verdaderas y desastrosas consecuencias de las últimas guerras emprendidas por Washington» (pág. 13).

Y en esto se centra el argumento del libro, en el «siglo americano» y sus presuntas «oportunidades perdidas», todo sazonado de las pertinentes lamentaciones por los «asesinatos» [sic] mediante drones, las más de mil bases militares norteamericanas repartidas por todo el planeta o la permanente vigilancia del Estado sobre la vida privada de los norteamericanos, invocando totalmente

fuera de contexto una sentencia de John Quincy Adams de 1821, donde el presidente norteamericano preveía que Estados Unidos podría «convertirse entonces en dictador del mundo, pero dejaría de ser dueño de su alma» (pág. 15). Sin embargo, ¿qué relación tiene la situación norteamericana de sus primeros años, con la vigencia de la Doctrina Monroe como símbolo de debilidad, frente a la preponderancia y poder imperial posterior? Esta falta de contextualización caracterizará el libro de principio a fin.

Para ambos autores, Estados Unidos es un imperio, pero «no se reviste del tradicional ropaje de los imperios. No ha seguido, claramente, la senda de los imperios europeos del siglo XIX. Como ellos, sin embargo, se ha embarcado en aventuras coloniales, aunque en su mayor parte estas no hayan servido para otra cosa que para afianzar la penetración económica en ultramar. El americano es, por tanto, lo que algunos han llamado un imperio de “puertas abiertas”, es decir, más preocupado del control de los mercados y de otras formas de dominación económica que de someter a poblaciones y territorios» (pág. 21), aunque a veces «ha recurrido sistemáticamente a la fuerza militar y, a veces, a una ocupación territorial prolongada» cuando sus intereses se veían amenazados. En resumen, «El imperio americano viene evolucionando desde hace más de un siglo. Tras cumplir lo que el periodista John L. O’Sullivan llamó “destino manifiesto” y desplegarse por toda Norteamérica, Estados Unidos puso la mira en la otra orilla del océano. William Henry Seward, secretario de Estado con Abraham Lincoln y Andrew Johnson, tuvo una visión grandiosa con la anexión de Alaska, Hawái, Canadá, partes del Caribe y de Colombia y la isla de Midway» (pág. 22).

Una idea meramente codiciosa, rapaz, una ridícula reducción del Imperio a una mera facultad subjetiva de un malévolo emperador², dotado de mera voluntad de poder, de *hybris*, que pretende dominar el mundo para imponerle los más crueles castigos, concebida ya en los primeros tiempos de ocupación de Norteamérica por los *pilgrims*: «Aunque para muchos neoconservadores el imperio sea un concepto reciente, el impulso de Estados Unidos por expansionarse, colonizar, crecer y conquistar ya estaba presente en las primeras colonias —desde el mismo momento de su fundación— y luego cobró forma en la Doctrina Monroe con la idea del “destino manifiesto”. En palabras de Paul Kennedy, historiador de la Universidad de Yale: “Desde que los primeros colonos ingleses pusieron pie en Virginia y empezaron a desplazarse hacia el oeste, esta ha sido una nación imperial, una nación de conquistadores”. Esa sed a veces genocida de adquirir la tierra y los recursos de los demás siempre se ha visto revestida por los más elevados ideales —el compromiso altruista con la libertad, el progreso y la civilización—, y así sigue siendo» (pág. 19).

(1) Aristóteles, *Poética* 1451b.

(2) En el sentido que caracteriza esta acepción de la Idea Imperio Gustavo Bueno en *España frente a Europa*, págs. 183-188.

El libro de Stone y Kuznick, sin embargo, no pretende analizar a fondo la Historia de Estados Unidos desde los *pilgrims* hasta nuestros días, sino que se centra en lo que el ya citado Henry Luce denomina como «siglo americano», desde la Primera Guerra Mundial, iniciada en 1914 en Europa donde Estados Unidos intervino por vez primera fuera de su «área de libertad», hasta nuestros días. Así, ya en tiempos del Presidente Woodrow Wilson se manifestaba la querencia de Estados Unidos por expandir a todo el mundo y a toda costa la democracia, considerada como una suerte de evangelio. Tal es el caso del propagandista George Creel, que fue uno de los instigadores de la entrada en guerra de los norteamericanos pese a una prolongada neutralidad: «En el fondo, las declaraciones en pro de la guerra de Wilson y el hincapié del CPI en promover la “democracia” se basaban en el hecho de que para muchos norteamericanos la democracia se había convertido en religión secular y solo podía sobrevivir dentro de un sistema capitalista. Algunos, además, no podían desligarla del “americanismo”. Significaba algo más que un conjunto de instituciones reconocibles. Como George Creel comentó en cierta ocasión, se trataba de “una teoría del progreso espiritual”. En otra ocasión confesó: “La democracia es una religión para mí y a lo largo de toda mi vida adulta he predicado que América es la esperanza del mundo”» (pág. 53).

Más tarde, en plena depresión económica, el gobierno de Franklin Roosevelt, que aplicó el famoso *New Deal*, pese a presentarse como un populista y amenazar con la nacionalización de los banqueros, equiparados a los gangsters en el imaginario popular (se hablaba de *banksters*) (pág. 107), no acometió tales medidas, y en su lugar «el presidente optó por un rumbo más conservador. Decretó el cierre de los bancos por cuatro días, habló con los principales banqueros de la nación en su primer día en la Casa Blanca, convocó una sesión extraordinaria del Congreso para aprobar una legislación de emergencia y tranquilizó a la ciudadanía con la primera de sus charlas a pie de chimenea» (págs. 106-107).

Roosevelt, conocido por su calidez como gobernante, tratando a todo el mundo como si fueran sus hijos, «para salvar al capitalismo, el presidente empleó medios audaces, visionarios y humanos que transformarían la vida de los norteamericanos durante varias décadas, o quizá más». (pág. 107). La aprobación de la National Recovery Administration, NRA o Administración de Recuperación Nacional, fundada con el objeto de reflotar la industria norteamericana, y con la National Industry Recovery Act, conocida por su acrónimo NIRA, o Ley de Recuperación de la Industria Nacional, supuso la conversión de Roosevelt en un socialista: «La NRA dejó en suspenso las leyes antimonopolio, lo que supuso el toque de difuntos del capitalismo *laissez-faire*. La planificación centralizada serviría para revitalizar a partir de entonces la maltrecha economía. Amparados por la

NIRA, todos los sectores de la industria dictaron códigos propios para precios, salarios, producción y condiciones de trabajo. Las grandes corporaciones dominaron el proceso de regulación y los sindicatos y, en menor grado, las organizaciones de consumidores desempeñaron un papel menos relevante» (pág. 110). El *Welfare State*, tal y como lo conocemos en el mundo desarrollado, acababa de nacer por inspiración de Roosevelt.

En contra de la opinión de Stone y Kuznick, Roosevelt fue un verdadero revolucionario en Economía Política, lo que le valió ser descalificado en el propio Estados Unidos como «socialista» o totalitario, incluso de «fascista» por personalidades como Ronald Reagan en la campaña presidencial de 1976, señalando a Mussolini como base del *New Deal*. El general Hugh Johnson, designado para aplicar semejante receta económica, es sintomáticamente etiquetado por Stone y Kuznick como fascista, lo que demuestra que estos autores acaban haciendo bueno el lema *contraria sunt circa eadem*: son anarquistas a fuer de liberales, buscando todo tipo de conexiones en diversas publicaciones entre el *New Deal* y un fenómeno tan privativo de la Europa de entreguerras como el fascismo. Por ejemplo, el semanario *Fortune*, que en 1934 ensalzó el fascismo porque encarnaba «antiguas virtudes raciales como la disciplina, el deber, el valor, la gloria y el sacrificio» (pág. 113).

No vamos a negar que esa forma de lo que denomina Gustavo Bueno como «derecha no alineada» con el Antiguo Régimen³ ha conocido diversas modulaciones en Estados Unidos desde su fundación, ya sea por la vía del anglosajonismo racial norteamericano que señaló Reginald Horsman⁴, o incluso durante el desarrollo de los tiempos modernos y el «reino animal del espíritu» que diría Hegel respecto a la sociedad norteamericana y el triunfo del capitalismo entendido como «supervivencia del más apto». Pero los autores no son capaces de ver que ese Estado del Bienestar acuñado por Estados Unidos fue mucho más allá de estas consideraciones; de hecho, es un modelo que los norteamericanos, en virtud de su condición de Imperio generador, de sociedad política que reorganiza a otras sociedades políticas de su entorno y las eleva a sus mismos niveles de bienestar y estándares de vida (el *american way of life*), trasladó principalmente a la Europa Occidental y el Japón tras la Segunda Guerra Mundial, algo omitido por los autores en este libro de caracteres un tanto maniqueos.

Stone y Kuznick no se cansan de declarar su partidismo *progresista* y así, en el contexto de la escalada de violencia del eje frente a los futuros aliados ingleses, franceses y norteamericanos, citan la Guerra Civil Española y el viejo bulo progresista de que «las

(3) Gustavo Bueno, *El mito de la derecha*. Temas de Hoy, Madrid 2008, pág. 263.

(4) Reginald Horsman, *La raza y el destino manifiesto. Orígenes del anglosajonismo racial norteamericano*. Fondo de Cultura Económica, Madrid 1985.

tropas de Francisco Franco se rebelaron para derribar el gobierno democráticamente elegido e instaurar un régimen fascista» (pág. 156). También califican la ayuda prestada por el empresariado norteamericano católico como «profascista»: «Ford, General Motors, Firestone y otras empresas norteamericanas suministraron a los fascistas camiones, neumáticos y maquinaria. Texaco Oil Company, que a la sazón dirigía el coronel Thorkild Rieber, un profascista, prometió a Franco todo el petróleo que necesitara, y a crédito. Roosevelt, colérico, amenazó con embargar los cargamentos y multó a la empresa, pero Rieber insistió en su postura, envió el crudo a Hitler y fue tratado como una celebridad en las páginas de la revista *Life*». Así, pese a que unos «estadounidenses progresistas» enrolados en las filas de las comunistas Brigadas Internacionales lucharon con denuedo, «La guerra duró tres años. La República cayó en la primavera de 1939, y con ella no solo cien mil soldados republicanos y cinco mil voluntarios extranjeros, sino los sueños y esperanzas de una gran parte de la humanidad» (pág. 157). Y de la URSS, empeñada en usar a España como teatro de operaciones para que la inminente Segunda Guerra Mundial comenzara en el otro extremo de Europa.

Ya en plena Segunda Guerra Mundial, frente a quienes consideran que Estados Unidos debilitó sus defensas en 1941 para propiciar que Japón les atacase en el Pacífico y disponer así de un *casus belli*, los autores consideran que el ataque japonés a Pearl Harbour que provocó la entrada en guerra de Estados Unidos no fue forzado: «El ataque se produjo un domingo por la mañana y a los norteamericanos los pilló, literalmente, dormidos. Sabían que Japón atacaría, pero no imaginaron que lo haría en Hawái. Fue un fallo de los servicios de información de escala colosal. Teniendo en cuenta las muchas señales de advertencia y la extraordinaria ineptitud de los servicios de inteligencia —como en los atentados del 11 de septiembre de 2001—, muchos creyeron entonces —y muchos siguen creyendo hoy— que Roosevelt provocó y permitió el ataque a fin de llevar a Estados Unidos a la guerra. Las pruebas existentes, sin embargo, no apoyan esa conjetura» (pág. 176).

En el contexto de este conflicto, que cambiaría la faz del planeta, el magnate de la edición Henry Luce anticipó lo que denominó como «siglo americano» ya incluso antes del ataque japonés, a comienzos de 1941, publicando un editorial en la revista *Life* más tarde reproducido en *Time* y *Fortune*. «Debemos aceptar con todas las con secuencias nuestro deber y oportunidad como nación más vital y poderosa del mundo y, por consiguiente, ejercer sobre ese mundo todo el poder de nuestra influencia en pos del mejor propósito y con los medios que entendamos más adecuados», lo que opondrán al ideario de Henry Wallace, más afín a la idea del «hombre corriente» (pág. 178). Así, «Cuando, tres años después, la guerra más sangrienta de la historia de la humanidad estaba por fin a punto de terminar, los

norteamericanos tendrían que elegir entre dos visiones diametralmente opuestas: la del siglo americano de Henry Luce y la del hombre corriente de Henry A. Wallace» (págs. 178-179).

Y en esta encrucijada, verdadero punto de inflexión del relato y la historia norteamericana reciente, fallece Franklin Roosevelt y le sucede un inexperto Harry Truman, quien hubo de lidiar con una posición en desventaja de EEUU frente a británicos y soviéticos que venía de la Conferencia de Teherán de 1943. Sin embargo, enterado del Proyecto Manhattan, Truman cambió su tendencia de concesiones territoriales a los soviéticos de cara al mundo postbélico, a una posición de preponderancia, gracias a ese explosivo «lo suficientemente potente para destruir el mundo» (pág. 234). En 1945, parecía claro que Japón estaba dispuesto a rendirse por las cada vez mayores carencias militares y de abastecimiento a las que se veía sometido, pero no a aceptar una rendición incondicional que supusiera «la sentencia de muerte del *kokutai*, o régimen imperial, y tal vez supondría someter al emperador a un juicio por crímenes de guerra para luego ejecutarlo. Para la mayoría del pueblo japonés, esa era una perspectiva inaceptable. Los japoneses adoraban a su monarca casi como un dios desde la llegada al poder del primer emperador, Jimmu, en el año 660 a. C.» (pág. 238). Y así, pese a que la URSS entraría de forma inminente en la guerra, hecho temido por los japoneses, los norteamericanos se decidieron a lanzar las dos bombas sobre las ciudades niponas de Hiroshima y Nagasaki.

No obstante, el físico Oppenheimer, sabedor de los fines de un proyecto que no compartía en absoluto, alertó al también físico Leo Szikard, al premio Nobel de Química Harold Urey y al astrónomo Walter Bartky, quienes intentaron hablar con Truman para evitar que se lanzara la bomba atómica. Pero cuando éstos hablaron con James Byrnes, Secretario de Estado nombrado recientemente por Truman, quedaron sorprendidos pues «no argumentó la necesidad de utilizar la bomba contra las ciudades japonesas para ganar la guerra. Era consciente, como el resto del gobierno, de que Japón estaba derrotado [...]. En aquellos momentos, al señor Byrnes le inquietaba mucho más la influencia rusa en Europa e insistió en que, gracias a que nosotros poseíamos la bomba y la utilizaríamos, Rusia sería mucho más manejable en ese continente» (pág. 256). Asimismo, según Oliver Stone y Peter Kuznick, «las bombas de Hiroshima y Nagasaki no lograron que la Unión Soviética se volviera más flexible. Sirvieron, simplemente, para que Stalin se convenciera de que Estados Unidos no se detendría ante nada e impondría su voluntad y de que tenía que acelerar la fabricación de su propia bomba atómica para disuadir a los agresivos norteamericanos.

Y, en lo que para muchos no es más que una cruel ironía, Estados Unidos permitió que Japón mantuviera

al emperador, cuya figura, según creía la mayoría de expertos, era esencial para conservar la estabilidad social en la posguerra» (pág. 282). Pero en este último caso, nada de ironía puede haber: EEUU permitió que Hirohito siguiera en el trono, pero no sin antes decirle al Japón entero a través de una alocución radiada que ya no era un dios, lo que constituyó *de facto* el fin del régimen imperial tal y como lo conocían los japoneses y el comienzo de la instauración de un régimen de carácter democrático que dejó la figura imperial como meramente decorativa.

Así, tras las pruebas realizadas en Nuevo Méjico de arma nuclear, justo cuando se celebraba la Conferencia de Postdam donde Truman negociaría la ayuda soviética contra Japón, «Truman, Byrnes y Groves sabían ya que contaban con un elemento capaz de acelerar la rendición japonesa con las condiciones impuestas por ellos sin recurrir a la ayuda soviética y, por consiguiente, sin hacer a la Unión Soviética las prometidas concesiones territoriales y económicas» (pág. 261). Truman, a quien Stone etiqueta con un psicoanálisis de baja estofa, ya podía elevarse por encima de Stalin, igual que quien tiene una pistola se considera como dotado de metro noventa de estatura.

En el colmo del panfilismo, Stone y Kuznick afirman que Truman y Churchill «no solo tendrían que responder por las bombas atómicas, sino también por la confrontación con la Unión Soviética a que habían encaminado a Estados Unidos y Gran Bretaña», como si la Guerra Fría no fuera ya algo inevitable, en el momento que dos Imperios universales cuyas normas políticas eran incompatibles no estuvieran destinados a esta suerte de «guerra soterrada», de «coexistencia pacífica» tal y como se desarrolló, y no fuera la bomba atómica más que un instrumento de poder dentro de este contexto. Es justo aquí donde aparece el «héroe» de los autores, Henry Wallace: «Quien más hizo por detener dicha confrontación, Henry Wallace, llevaba largo tiempo perdido para la historia. Pocos recuerdan que faltó poco para que se convirtiera en candidato a la vicepresidencia aquella calurosa noche de julio de 1944 en Chicago». El fin de este episodio en el que Wallace pudo ser y no fue es el momento cumbre del «siglo americano»: «¿Qué habría sido de Estados Unidos si el envés de Truman hubiera heredado la presidencia de Roosevelt en abril de 1945? ¿Se habrían usado bombas atómicas en la Segunda Guerra Mundial? ¿Se podrían haber evitado la carrera nuclear y la Guerra Fría? ¿Se habrían impuesto los derechos civiles y los derechos de la mujer ya inmediatamente después de la guerra? ¿Habría terminado el colonialismo varias décadas antes? ¿Se habrían difundido los frutos de la ciencia y la tecnología más equitativamente en todo el mundo? Nunca lo sabremos» (pág. 285).

Si para los antiglobalizadores el aleteo de una mariposa puede cambiar la actividad de todo el mundo global, el no nombramiento de Henry Wallace como

Presidente norteamericano condicionó absolutamente todos los aspectos del mundo postbélico. Algo que debería servir para que los autores, en lugar de formular hipótesis de lo que pudo ser y no fue, se cuestionasen si realmente Wallace fue tan importante en el transcurrir de la Historia. Sin embargo, lo cierto es que la bomba atómica se lanzó y que fuera un instrumento fundamental, aun como arma disuasoria, ya supone una refutación sonora sobre la idea *progresista* de los autores: el desarrollo tecnológico no implica necesariamente un mayor progreso, sino que perfectamente puede significar el fin de todo progreso: la aniquilación de la Humanidad entera con un instrumento tan sofisticado como el proyectil atómico.

Pero tanto Stone como Kuznick han decidido culpar de la Guerra Fría al Estados Unidos de Henry Luce frente al de Wallace y así lo manifiestan: «En principio, la Guerra Fría estalló por el choque entre dos concepciones diametralmente opuestas del papel de Estados Unidos en el mundo: la perspectiva hegemónica de Henry Luce, que imaginaba el siglo XX como “el siglo americano”; y la visión utópica de Henry Wallace, que soñaba con el que el XX fuera “el siglo del hombre corriente”. Era mucho lo que había en juego» (pág. 287). Pese a todo, el libro no escatima en información sobre las colisiones en Oriente Medio entre Estados Unidos, Inglaterra y la URSS sobre todo a cuenta de los yacimientos petrolíferos; sin embargo, el juicio de los autores no se ve modificado: los norteamericanos, junto a los británicos, son los únicos culpables. Así, la exposición del plan del empresario Bernard Baruch para controlar las armas atómicas de los soviéticos, que incluía exigencias como inspecciones que los rusos no aceptarían, nos muestra sin embargo que «Los soviéticos presentaron ante la ONU un plan propio según el cual habría que prohibir la fabricación, almacenamiento y uso de armas atómicas. Las reservas existentes, además, debían destruirse en el plazo de tres meses» (pág. 310). ¿No le suenan a nadie los actuales fantasiosos planes de «no proliferación nuclear» que periódicamente firman las grandes potencias mundiales? Aquí encontramos su génesis, que le sirvió a la URSS para ganar tiempo y conseguir la bomba atómica en 1949.

A ello se sumó el trabajo de George Kennan, experto en la URSS que había trabajado en Moscú en las décadas de 1930 y 1940, quien en su artículo «The Sources of Soviet Conduct» publicado en Julio de 1947 por *Foreign Affairs*, «hizo hincapié en el apetito globalizador de la URSS y elaboró un plan para “contener” su expansión con el objetivo de debilitarla y preservar la hegemonía de Estados Unidos» (pág. 327). Surgió así la denominada Guerra Fría y los presuntos «recortes de libertades» derivados de la proliferación nuclear que aumentaba la *hybris* imperial desmedida.

Otro de los «héroes» de los autores es John Fitzgerald Kennedy, que comenzó su mandato continuando la política imperial de Eisenhower pero luego rectificó ante

fracasos como el de Bahía de los Cochinos y la crisis de los misiles en Cuba, donde la confrontación nuclear era inminente, hasta que los soviéticos unilateralmente retiraron sus bases de Cuba. Según Stone y Kuznick, «Kruschev cometió un error de proporciones épicas al no divulgar el hecho de que las cabezas nucleares estaban ya en Cuba antes del bloqueo y más tarde, y lo que es todavía más desconcertante, al no anunciar que también había desplegado misiles balísticos y tácticos de crucero. Al mantener en secreto estos hechos, había despreciado el efecto disuasorio de las armas nucleares» (pág. 468). En este caso, habría que desmentir la blandura de Kennedy que casi toda la historiografía ha sostenido: realmente el blando fue el soviético Nikita Krushev.

JFK estaba a punto de lograr la paz, a punto de firmar «otro tratado de control de armas y luego convertirse en el primer presidente norteamericano en visitar la Unión Soviética [...]. Kennedy llegó incluso a anunciar que estaba dispuesto a cancelar la carrera espacial con la Unión Soviética para sustituir competición por cooperación» (pág. 478); incluso poco antes de morir mantuvo contactos con Fidel Castro, quien parecía receptivo para retomar relaciones al no fiarse en exceso de una URSS que había fallado en el momento de la verdad, de la confrontación. Pero nada de ello tuvo lugar: el antiguo *cold warrior* fue asesinado. «El 22 de noviembre de 1963, antes de que el joven presidente tuviera oportunidad de hacer realidad los sueños de reforma del mundo que Krushev y él habían compartido, las balas de uno o más asesinos le mataron en las calles de Dallas» (pág. 483). Y es que «Kennedy tenía muchos enemigos que deploraban el cambio y el progreso tanto como quienes impidieron el ascenso de Henry Wallace en 1944 en un momento en que intentaba liderar a Estados Unidos y al mundo por un sendero de paz y prosperidad» (pág. 483). Así, lamentablemente, la «antorcha que estaba en manos de una nueva generación», como señaló Kennedy en su discurso de investidura, a su muerte «volvió a manos de la vieja generación: la de Johnson, Nixon, Ford y Reagan, dirigentes que, aunque no mucho mayores que Kennedy, destruirían sistemáticamente sus prometedores años de gobierno y devolverían a Estados Unidos a la guerra y la represión» (pág. 484).

De hecho, esta nueva generación supo llevar a los norteamericanos por la senda victoriosa, tanto que en los años previos al fin de la Guerra Fría, cuando Gorbachov propuso que «la URSS y Estados Unidos dejaran de injerir en los asuntos de los países subdesarrollados y permitieran que todas las naciones resolvieran sus diferencias amistosamente», se encontró con una sonora negativa de Reagan, sabedor de que la URSS estaba en las últimas: «En la cumbre de Moscú de mayo de 1988, Gorbachov pidió a Reagan que firmara con él una declaración en apoyo de la coexistencia pacífica y de rechazo a la injerencia militar en los asuntos internos de terceros países. Reagan no quiso firmar» (pág. 677).

En las postrimerías del fin de este conflicto soterrado entre EEUU y la URSS, en 1991, tuvo lugar la Guerra de Iraq, cuyo desarrollo y liderazgo por parte de George Bush Sr. tampoco sale bien parado en el libro: los autores tratan de justificar a Sadam Hussein y la entrada de tropas iraquíes en Kuwait, a través de unos comentarios de la embajadora norteamericana en Iraq, April Glaspie, sobre el afianzamiento de relaciones con Sadam y la falta de interés de los norteamericanos por mantener relación de amistad con Kuwait en el tema de la disputa fronteriza entre ambos países; así, Sadam «interpretó los comentarios de Glaspie como indicio de que Estados Unidos admitiría una invasión» (pág. 686). Sin embargo, esa entrada iraquí en Kuwait se convirtió en *casus belli* para la intervención norteamericana; pero EEUU se frenó cuando tenía ante sí las puertas de Bagdad: «Bush y sus asesores decidieron no seguir hasta Bagdad para acabar con el régimen. Tal cosa, comprendieron, se saldaría con la hegemonía de Irán en la región y con el antagonismo de los aliados árabes de Washington, y Estados Unidos se vería inmerso en una complicada y costosa ocupación» (pág. 692), algo que sin embargo sucedería tras el 11 S con George Bush Jr. en el poder.

Un Bush Jr. que, para los autores, es el peor presidente de toda la Historia de Estados Unidos. De él afirman ni más ni menos que accedió al poder en medio de un fraude electoral: «las elecciones presidenciales del año 2000 fueron las más escandalosas de la historia de Estados Unidos» (pág. 710). Sin embargo, de las presidenciales que coronaron a John Fitzgerald Kennedy, de las que todos los analistas coinciden en señalar que hay serias sospechas de fraude electoral (el derrotado Richard Nixon renunció a investigarlo porque hubiera paralizado durante casi un año la política norteamericana), apenas dicen nada los autores: de los comicios ganados por JFK simplemente se afirma que «derrotó a Nixon por un margen muy estrecho en 1960» y que «se postuló como el candidato del cambio» (pág. 435). Sedimente y selectiva interpretación la de Stone y Kuznick.

Además, los autores, con escasa sutileza, insinúan poco menos que Bush Jr. y miembros de su gabinete como Condoleezza Rice buscaron intencionadamente que sucediera el ataque del 11 S (pese a saber de buena tinta que un atentado de esas características podía tener lugar) como *casus belli* para su política de poder, de la tan mencionada *hybris*. Así, Bush «hizo caso omiso de las demandas de investigar cómo podía haberse producido un fallo tan colosal del gobierno y los servicios de inteligencia» (pág. 722). Algo que poco después confirman de manera categórica: «La negligencia de Rice al no prestar la suficiente atención a las señales que advertían de la inminencia del atentado del 11 de septiembre era innegable. Para la mayoría de los norteamericanos, los atentados del 11 de septiembre de 2001 fueron una terrible tragedia; para Bush y Cheney fueron, además, una oportunidad

increíble, la de implementar el programa que sus aliados neoconservadores llevaban décadas fraguando» (pág. 724). Para Stone y Kuznick, el 11 S fue «un nuevo Pearl Harbour» (pág. 725), pero en la pág. 176 afirmaban que el 11 S y el 7 de Diciembre de 1941 fueron ambos casos de negligencia no forzada por nadie, y aquí se insinúa que el 11 S fue intencionadamente permitido. Grave incoherencia.

Terminado el doble mandato de George Bush Junior, la llegada a la presidencia del *demócrata* Barack Obama fue considerada, a ambos lados del Atlántico, como la llegada al trono imperial norteamericano de un liderazgo *progresista*. Pero esta «gran esperanza blanca» de Stone y Kuznick pronto acabó agotándose: sus derroteros en política exterior han sido idénticos a los de Bush Jr. Así, cuando en Octubre de 2014 dio la bienvenida a las tropas que volvían a casa en Fort Bragg, «en lugar de referirse a la guerra de Irak como el desastre sin paliativos que había sido, de extraer las lecciones pertinentes y de dar las gracias a los soldados por sus sacrificios, el presidente se sintió impelido a adornar el fin del conflicto con una retórica patrioter que recordaba las evocadoras palabras de Rudyard Kipling» (pág. 858), señalando que «Los valores recogidos en nuestros documentos fundacionales y una voluntad única entre las naciones de pagar un elevado precio por el progreso, la libertad y la dignidad del hombre. Eso es lo que somos. [...] Sois parte de un linaje ininterrumpido de héroes que se remonta dos siglos, desde los colonos que derribaron un imperio, hasta vuestros abuelos y padres, que hicieron frente al fascismo y al comunismo y acabaron con ellos. Y luego estáis vosotros, hombres y mujeres que habéis luchado por los mismos principios que ellos en Faluya y Kandahar y que habéis impartido justicia a quienes atentaron contra nosotros el 11 de septiembre de 2001» (pág. 859). Y es que, paradójicamente, Obama, que se considera sin duda alguna como un patriota pero dotado de la «mala conciencia» propia de un empresario que le conduce a acometer «políticas sociales», será recordado por ser el presidente bajo cuyo mandato fue ejecutado el terrorista Osama Bin Laden en 2011, lo que provocó tensiones entre Paquistán y EEUU, que finalizaron con la marcha de las tropas norteamericanas de Afganistán en el 2014 (pág. 852).

Pese a todo, los autores aún guardan esperanzas en un Obama que volvió a cambiar de discurso en su reelección: «Ha abrazado abiertamente el final de la guerra de Irak y la reducción del gasto de defensa, aunque a ambas cosas se haya visto forzado por las circunstancias. ¿Hay alguna posibilidad de que pudiera sufrir la misma conversión por la que pasó Kennedy y se haya dado cuenta del flaco favor que el militarismo y el imperialismo han hecho al pueblo norteamericano y al resto del mundo?» (pág. 885). En cualquier caso, la revisión de la Historia norteamericana en este último siglo permite a ambos autores concluir su obra con la

esperanza en el triunfo de una idea fundamentalista de democracia, una democracia que destierre la represión y la violencia fuera de sus fronteras que ya señalaron al iniciar el libro, diciendo que apostaban porque su trabajo les fuera útil a quienes luchan «por un planeta más justo, humano, democrático y equitativo» (pág. 11). Una democracia, en suma, completamente ajena a las intervenciones en la política de otros países, y muy amiga de la paz y el diálogo:

«Lo que sí resulta evidente, en cambio, es que las verdaderas esperanzas de cambio de Estados Unidos —para que recupere su alma democrática, igualitaria y revolucionaria— residen en que los ciudadanos norteamericanos se unan a las masas rebeldes del planeta y nos recuerden a todos las lecciones de la historia, de su historia, de la historia del pueblo, que ahora sí ha sido contada, y exijan la creación de un mundo que represente los intereses de la abrumadora mayoría y no de los más ricos y codiciosos, de los más poderosos. En la consolidación de ese movimiento se cifra también la única esperanza de salvar la democracia norteamericana de las garras de un estado dominado y sofocado por el imperativo de la seguridad nacional. En una tiranía semejante estribaba la amenaza que los antiguos líderes revolucionarios supieron ver» (pág. 885).

Fecha de recepción: 4-5-2016

Fecha de aprobación: 10-5-2016

